

en Dieu et l'amour de l'Eglise, avec cette surhumaine particularité qu'il a d'accepter l'inévitable et de réaliser tout le possible.

Le rythme de l'ouvrage de François Gondrand s'accélère insensiblement à partir des années 60, comme s'accélère le rythme de travail du Fondateur, dans ces années si profondément marquées par le Concile Vatican II et son renouvellement pastoral. Epoque où se dessinent de nouvelles perspectives ecclésiologiques au sein desquelles l'Opus Dei trouvera enfin la configuration juridique pleinement adaptée à son charisme fondationnel, auquel le Fondateur a été héroïquement fidele: la configuration d'une Prelature Personnelle. Dernières années de cette vie surabondamment féconde qui s'achève, sous la protection de la Vierge Marie, le 26 juin 1975, remplie de deux soucis majeurs: veiller sur l'expansion, conforme au vouloir divin, de l'Oeuvre dans les cinq continents, parmi toutes les catégories sociales, à travers d'innombrables initiatives apostoliques, personnelles et collectives. Et confirmer la foi de ces milliers d'âmes dans des moments difficiles de la vie de l'Eglise, à travers de grands voyages apostoliques et catéchétiques inspirés par une énorme conviction: «L'expérience de notre faiblesse et de nos erreurs, le résultat peu édifiant que peut produire le spectacle douloureux de la petitesse et même de la mesquinerie... peut constituer une épreuve pour notre foi et faire en sorte que la tentation et le doute s'infiltrent en nous: où sont la force et la puissance de Dieu? ... Mais le Saint Esprit continue d'assister l'Eglise du Christ pour qu'elle soit, toujours et en tout, le signe dressé face aux nations qui annonce à l'humanité la bienveillance et l'amour de Dieu» (p. 293).

Et le livre, qui se clot sur une discrète invitation à fréquenter affectueusement, par delà le temps et l'espace, cette figure exceptionnelle de l'histoire de l'Eglise, livre, en définitive, le secret de cette vertigineuse aventure spirituelle: Ce secret ne s'éclaire que si l'on a la chance —ou le don— de percevoir «cette jonction de la volonté humaine et des projets divins, qui s'opère mystérieusement par l'obéissance à la grâce» (p. 334).

Jean Paul SAVIGNAC

Roger VEKEMANS (dir.), *Cristología en la perspectiva del Corazón de Jesús (CPC)*, Bogotá, I.I.C.J., 1982, 735 pp., 17 x 24.

AA.VV., *Le Coeur de Jésus, Coeur du Monde*, Paris, FAC Editions, 1982, 192 pp., 14 x 21.

AA.VV., *El Corazón Sacerdotal de Jesucristo*, Burgos, Ediciones Aldecoa S.A. («Teología del Sacerdocio», 18), 1984, 256 pp., 14 x 21.

Estas obras corresponden a las actas de tres congresos sobre el Sagrado Corazón de Jesús, celebrados respectivamente en Santiago de Chile (enero 1981), Toulouse (24-28 julio 1981) y Burgos (13-16 julio

1883). Las ponencias abarcan una amplísima gama de temas, pues versan sobre el estado actual de la Cristología 'total' en la vertiente del Sagrado Corazón. En general, están en consonancia con la doctrina de la Iglesia en estas materias, y contienen comentarios muy útiles sobre las Encíclicas *Haurietis Aquas* y *Dives in Misericordia*. No pudiendo resumir todas las conferencias, nos limitamos a subrayar varios artículos bajo diversos títulos: las raíces de esta devoción; los significados del término 'corazón'; luego las relaciones con la mariología, la eclesiología, y los sacramentos.

En su ponencia titulada «*Racines et Prolongements*», publicada en *Le Coeur de Jésus* (desde ahora CJCM), el Cardenal Ratzinger afronta la razón de ser teológica de la devoción al Corazón de Jesús; constituye de hecho un análisis de la encíclica *Haurietis Aquas*. Tras una presentación de los principales hitos históricos de la teología de esta devoción, y tras citar los textos escriturísticos, concretamente los del evangelio de S. Juan que más suelen citarse en apoyo de ella, se plantea la siguiente cuestión: «Si la devoción al Sagrado Corazón es una manera de piedad pascual, ¿qué es lo que tiene de específico?» En la respuesta el Cardenal subraya en primer lugar la honda concepción antropológica de la encíclica *Haurietis Aquas*: «La encíclica desarrolla una antropología —una teología de la corporeidad— en la que vislumbra el fundamento filosófico y hasta psicológico de la devoción al Sagrado Corazón. El cuerpo no es exterior al espíritu: es su autoafirmación; es su representación. Aquello que constituye la vida biológica en el hombre es también constitutivo de la persona. La persona misma 'acontece' en el cuerpo, y el cuerpo por lo tanto es su expresión» (p. 144).

Luego pasa a poner de relieve la estrecha conexión existente entre esta devoción en el contexto bíblico en que se comprende el misterio de la Encarnación. Ratzinger sitúa como línea conductora de la encíclica la teología de la corporeidad que subyace en ella. Si antes se ha puesto de relieve que, desde el punto de vista cristológico, una correcta intelección de la auténtica humanidad de nuestro Señor llevaba a hablar de la devoción a su Corazón, ahora señala lo coherente que es con la corporeidad de cada hombre el que su devoción a Cristo se exprese en la forma de la devoción al Corazón de Jesús. «El hombre tiene necesidad de ver, necesita de un contenido contemplativo que le lleva a apropiarse de los misterios de Dios» (p. 146). El Card. Ratzinger a lo largo de su exposición se detiene frecuentemente en una amplia explicación de la doctrina patristica. He aquí como concluye: «La revolución del corazón abierto es el contenido del misterio pascual. Así, delante de nosotros, en el corazón de Jesús, se encuentra el centro del cristianismo. En El, todo queda dicho, lo verdaderamente novedoso y revolucionario es la Nueva Alianza» (pp. 155-156).

En su artículo «*Fondement Biblique*» (CJCM), Ignace de la Potterie S.J. muestra como idea de fondo la necesidad de repensar la teología del Corazón de Jesús a la luz de la cristología contemporánea, no quedándose solamente en los estudios históricos sobre el tema.

Entiende que esta cristología debe prolongar las enseñanzas de Calcedonia, es decir que debe presuponer la constitución ontológica de Jesucristo (pp. 104-110), y a la vez evitar «la ruptura nefasta de los modernos entre el Jesús histórico y el Jesús de la fe» (p. 111). El artículo capta en seguida la atención del lector, se lee con agrado, y los apartados se entrelazan perfectamente.

Examina tres puntos de partida históricamente ciertos de la vida de Jesús (p. 112), los cuales —según el A., aunque no se ve exactamente el porqué— delimitan «todo lo esencial del misterio de Cristo» (p. 139). El primero versa sobre el *Reino de Dios*, realizado en Cristo (pp. 113-121), y el tercero sobre la conciencia en Cristo de una *única filiación* (pp. 133-135), mientras que se explaya más detenidamente en el segundo punto de partida: la *obediencia de Cristo a su Padre*. Llega a decir que la vida de obediencia humana de Cristo es imagen perfecta de su vida intratrinitaria, pero lo hace, a nuestro parecer, 'rebajando' al mismo Verbo, haciendo una exégesis (p. 125) y análisis patristico (p. 129) algo extraños. Desde luego, su intención es de retener la conciencia humana de una única filiación en Cristo, tema que trata a continuación, pero al final, la persona del Verbo queda mal dibujada.

Presentamos ahora un par de artículos sobre el significado de 'Corazón'. M. Guerra hace un estudio en *El Corazón Sacerdotal de Jesucristo* (desde ahora CSJ) sobre la noción de 'corazón' de los hombres y de los dioses en la *mitología griega*. Su tesis puede resumirse con lo siguiente: aunque sea cierto que la evolución semántica griega de 'corazón' no tenga nada que ver con la realidad teológica del 'Corazón de Jesús' (p. 9), es importante sin embargo comprender el *alcance* de este término a la hora de estudiar el NT y particularmente la Tradición en su sección griega. A lo largo del artículo muestra cómo 'corazón' tanto en los griegos como en el AT comprende las funciones intelectivas (pp. 20-25) y volitivas (pp. 26-27), más allá de la significación física y metafórica. Al final muestra unas conclusiones esclarecedoras: no se debe, por ejemplo, contraponer la antropología helénica con la semítica; es más, la antropología helénica no debe clasificarse simplísticamente como dualista, mientras la hebráica es tomada siempre como monista (pp. 37-41; 45-46).

Un artículo largo a cargo de A. Díez-Macho, recién fallecido, trata el tema vasto e importante de la *fundamentación bíblica* de la devoción al Corazón de Jesús. Ha sido publicado en *Cristología en la perspectiva...* (desde ahora CPC). El A. ve varios factores como amenazando esta devoción, y su tesis principal es ésta: toda la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, «síntesis de la religión cristiana» según enseñan los Papas (p. 277), encuentra una base perfectamente sólida en toda la Biblia. Entre estos factores que ponen en peligro la verdadera piedad hacia el Sagrado Corazón se incluyen el empobrecimiento semántico del término 'corazón' a los sentidos meramente físicos, sentimentales y afectivos (p. 181).

De los cinco apartados, interesan principalmente los dos primeros. Estudiando con gran detalle el término 'corazón' en la Biblia, el primer apartado muestra «el innegable carácter totalizador de tal palabra», que «respalda no sólo la fórmula 'el corazón es la persona', sino esta otra, hoy de mucha circulación: 'la persona es el corazón'» (p. 199). Con esta última fórmula, el A. quiere decir que el corazón, así como el alma, el cuerpo, etc., es un aspecto, no meramente una parte 'más' del hombre.

Aplicando estos principios a Jesucristo mismo en el segundo apartado, demuestra el prof. Díez-Macho que el amor del Sagrado Corazón de Jesús es precisamente un amor 'a lo divino', es decir de su Persona. Es un *agapè*, gratuito y desinteresado, fundamentalmente opuesto al *eros* interesado de los griegos. Es un amor fidelísimo, como el de Dios en el AT, que no excluye a los pecadores y 'pobres de Yahweh'.

La teología del Corazón de Jesús tiene conexiones obvias con la *mariología*. El P. A. Bandera O.P. afirma la *mutua* conexión entre la cristología y la mariología al hablar de la educación mariana de Jesús (CPC). Entre ambos tratados la conexión es verdaderamente mutua. El artículo, por su belleza y alcance, merece un análisis detenido no realizable en estas circunstancias. La conexión es mutua entre estas disciplinas ya que no sólo depende la mariología de la cristología, sino también al contrario. Aunque el grado de dependencia sea distinto en cada caso (radical en aquella, querida gratuitamente por Dios [p. 647] en ésta), el P. Bandera, dándose cuenta de que sólo logra esbozar el tema (p. 661), no duda en afirmar que con el papel de María *en toda la vida y obra de Jesús*, «se supera el peligro de 'ideologizar' el misterio de Cristo, y de acortar 'sus raíces históricas'» (p. 662; cf. p. 645).

Una buena parte del artículo se dedica a estudiar la maternidad divina de María, dejando de lado su aspecto 'óntico' para concentrarse en la maternidad 'histórica'. Fué, según el A., viviendo «sujeto a ellos», como «Jesús crecía en sabiduría...» (cf. Lc 2,52, p. 631). «La Virgen, por sus enseñanzas, por sus conversaciones, por la totalidad de su comportamiento, contribuyó positivamente a desarrollar en Jesús la psicología de quien sabe está destinado a sufrir la muerte en cruz para redención de la humanidad» (p. 633). Entre las cosas que enseñó la Virgen a Jesús, se incluyen la oración, el espíritu de obediencia, la pobreza alegre, el cariño hacia los pobres (pp. 633-642).

Ampliando hacia el final del artículo la maternidad de María hacia los hombres, el A. aclara que no se entiende tal maternidad sólo con la Encarnación y Pasión de Jesús, por más importante que fuera el papel de María ahí. Nuestra redención, dice gráficamente, es «cualitativamente familiar» (p. 654): nos incorpora a la Sagrada Familia. Así como Cristo nos salva con *toda* su vida, María nos cuida maternalmente ya desde Nazaret (pp. 654-655); ella es «la presencia sacramental de los rasgos maternos de Dios» (CELAM III; p. 659).

Esta ponencia, grata y reconfortante de leer, salpicada de citas bien escogidas del magisterio papal reciente, debe marcar una pauta para la hermenéutica cristológica del futuro.

Mons. Jorge Mejía (CJCM) hace un *status quaestionis* sumamente aprovechable de los textos joánicos referentes al nacimiento de la Iglesia del costado abierto de Jesús. Muestra así la estrecha relación que une la teología del Corazón de Jesús con la *eclesiología*. A nuestro parecer, el A. señala dos ideas fundamentalmente. En primer lugar, el que la Iglesia fue fundada por Cristo, cosa afirmada siempre por los cristianos, pero 'reducida' en tiempos recientes por Küng, Boff, etc. (pp. 66-69). En segundo lugar, afirma la importancia de resaltar la unidad/unicidad de la Iglesia, tema matizado excesivamente también por algunos exégetas. El A. piensa, y parece probar con acierto, que la imagen del Costado abierto de Cristo (Io.19,34), tan unánimemente interpretado por la tradición patristica y magisterial (pp. 86-96), es una base excelente para fundamentar ambas verdades que hemos enunciado. Entiende Mons. Mejía que la fundación de la Iglesia por Cristo es llevada a cabo en varias etapas (pp. 71-75), pero se extiende ampliamente al hablar de la *muerte* de Jesús como momento fundacional principal, ya que la exégesis moderna no es del todo favorable a una interpretación eclesiológica de Io.19,34. Aduce una estrecha conexión entre este texto y las palabras que el Apóstol pronuncia sobre la unión entre Cristo y la Iglesia. Al final se muestra la preocupación pastoral del A. y la finalidad quizá de toda su ponencia: probar la unidad de la Iglesia desde la Sagrada Escritura, precisamente para ayudar adelantar el diálogo ecuménico sin caer en la trampa de un falso irenismo.

Al estudiar el tema del Corazón Sacratísimo y Misericordioso de Jesús, no podría faltar alguna mención sobre el *ministerio de la Reconciliación* que es, en las palabras del Santo Padre en la 'Reconciliación y Penitencia' nº 29, «el más difícil y delicado, el más fatigoso y exigente, pero también uno de los más hermosos y consoladores ministerios del Sacerdote...» El prof. N. López-Martínez se dedica a escribir sobre el corazón sacerdotal en el ejercicio de este ministerio (CSJ). En la línea del artículo de A. Díez-Macho, el A. aclara que el término 'corazón' no sólo se aplica a Cristo manso y humilde; es también atributo de su Divinidad, de su persona (p. 181). Glosando particularmente la encíclica *Dives in Misericordia*, el A. muestra cómo este corazón divino, revelado en Cristo, no arrepintiéndose de sus dones, con una «superación de la lógica humana, un insospechado predominio del amor sobre los dictados de la justicia conmutativa» (p. 182), va constantemente en búsqueda del pecador. Y es precisamente dentro de este marco del amor misericordioso 'divino-humano' de Jesús donde se ejerce el ministerio de los sacerdotes (p. 192). Aparte de las muchas sugerencias prácticas para desempeñar fructuosamente esta tarea, el A. saca un punto de mira particularmente interesante: el sacerdote administra la misericordia, pero no es propietario. «La misericordia, por parte del ministro, no consiste en la 'manga ancha' —que, en ocasiones podría resultar engañosa y, por lo mismo, cruel— sino en ser verdadero signo de la misericordia divina» (p. 199).

En una época cuando «apenas se toca el tema» de este ministerio (p. 180, nota 2), es muy grato encontrar una ponencia tan culta y pastoralmente orientada como ésta.

Estas obras junto con tantas otras de los últimos años —publicadas en gran parte por el I.I.C.J. (Instituto Internacional del Corazón de Jesús)— muestran la validez de unas palabras de I. de la Potterie citadas por R. Vekemans (CPC, p. 8): «...En la medida en que los múltiples estudios sobre la devoción al Sagrado Corazón sólo buscan hacer conocer mejor la historia del culto... o escrutar más a fondo las dimensiones sociológica, pastoral y espiritual de esta devoción, son incapaces de llevar a cabo, en profundidad, la renovación anhelada. Esta no puede lograrse sino en el nivel propiamente teológico... más concretamente, se trata de repensar la teología del Corazón de Cristo en función de las investigaciones de estos años que buscan renovar y profundizar la cristología». Una fundamentación teológica de esta índole es la mejor garantía para que la devoción al Sagrado Corazón sea fructífera, sin caer en un falso sentimentalismo. Y a la vez, será la fuente de una auténtica piedad: «... se nos invita expresamente a una piedad sensible que corresponde a la corporeidad del amor divino-humano de Jesucristo. Pero la piedad sensible es por esencia, según la encíclica (la *Haurietis Aquas*), la piedad de corazón, porque es el corazón el fundamento que resume el sentido, el lugar de encuentro y de penetración de la sensibilidad y del espíritu... La piedad sensible es la piedad expresada acertadamente por Newman: *Cor ad cor loquitur*. El corazón se dirige al corazón — esta expresión puede considerarse el resumen más bello de lo que debe ser la devoción inspirada por el corazón de Jesús» (Ratzinger, CJCM, pp. 147-148).

Paul O'CALLAGHAN

